LA SOMBRA BLANCA DE IVY LIN

SUSIE YANG

Traducción de
Yara Trevethan Gaxiola

Planeta

Título original: *White Ivy*

© 2020, Susie Yang

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar
Fotografía de portada: © iStock
Fotografía de la autora: © Onur Pinar.

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: enero de 2022
ISBN: 978-607-07-8291-6

Primera edición impresa en México: enero de 2022
ISBN: 978-607-07-8275-6

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

1

Ivy Lin era una ladrona, aunque nadie jamás se daría cuenta con solo mirarla. Quizá ese era el problema. Nunca nadie sospechó, y eso la volvió imprudente. Sus rasgos eran tan ordinarios y banales que el cerebro solo necesitaba una fracción de segundo para tener una idea completa de ella: una chica asiática delgaducha, callada, excesivamente dócil frente a adultos en uniforme. Su modo de andar, con los hombros encorvados, la barbilla pegada al pecho y los brazos que apenas se balanceaban, la hacían invisible, como las palomas y los conserjes.

Ivy hubiera cambiado su rostro mil veces por una versión de ojos azules y cabello rubio, como las gemelas Satterfield, o incluso por la versión pelirroja y pecosa de Liza Johnson, en lugar de su propio aspecto chino de labios demasiado delgados, una frente vergonzosamente alta y dos mejillas carnosas como manzanas maduras antes de la cosecha de otoño. Por culpa de esas mejillas, a los catorce años con frecuencia la confundían con una alumna de primaria; una molestia desafortunada para todo salvo para los robos, en los que su aspecto infantil era un camuflaje conveniente.

La única fuente de vanidad de Ivy eran sus ojos: agradablemente redondos, simétricos, de color café cacao, cuyos rabillos se curvaban hacia arriba como *dumplings* al vapor. Su abuela le había recortado las pestañas cuando ella era bebé para «estimular el crecimiento», y pareció haber funcionado, ya que ahora tenía la fortuna de contar

con abundantes pestañas negras y gruesas que las otras chicas solo podían conseguir con varias capas de rímel, y a veces ni siquiera así. Desde cualquier punto de vista tenía ojos hermosos —en particular para una chica china— que la salvaban de tener un rostro que, de otro modo, sería insulso.

¿Exactamente cómo esta muchacha modesta de ojos grandes se convirtió en ladrona? De la misma manera en la que el agua fluye por las grietas más diminutas entre los peñascos, su personalidad se había moldeado de forma retorcida alrededor de la estricta organización de su crianza china.

Cuando Ivy tenía dos años, sus padres emigraron a Estados Unidos y la dejaron al cuidado de su abuela materna, Meifeng, en Chongqing, su ciudad natal. Se acuerda muy poco de sus siguientes tres años en China, salvo por un recuerdo vívido en el que ella presionaba su rostro contra la tela áspera del abrigo de su abuela y gritaba: «¡Me engañaste! ¡Me engañaste!», cuando se dio cuenta de que Meifeng la había abandonado al cuidado de una vecina para hacer un turno más en su trabajo administrativo. Incluso entonces, Ivy no tenía nada de esa cordialidad sin sentido crítico que tienen los niños; su amor era apasionado, pero único: una devoción absoluta o nada en absoluto.

Cuando Ivy cumplió cinco años, Nan y Shen Lin por fin lograron ahorrar el dinero suficiente para traer a su hija.

—Irás a vivir a un lugar maravilloso en Estados Unidos —le dijo Meifeng—, un estado que se llama «Ma-sa-zu-sai».

Había visto las fotografías que sus padres enviaban a casa, escenas bucólicas de estanques, jardines cuadrados, cielos azules, árboles que solo daban brillantes flores rosas y fucsia que su madre, de mejillas pálidas y a quien ya no recordaba, siempre sostenía por las ramas delgadas y que se parecían a los palitos de ciruelas azucaradas que Ivy comía en Año Nuevo. Sintió mucha emoción por la travesía; le encantaba la idea de viajar con su abuela, pero en el último momento Meifeng encargó a Ivy con una azafata vestida de manera muy elegante, con encantadores botones dorados en el saco, y desapareció entre la multitud del aeropuerto.

Ivy vomitó en el avión y lloró durante casi todo el vuelo. Al aterrizar en el aeropuerto Logan, pegó de gritos cuando la azafata la empujó hacia dos asiáticos desconocidos que esperaban en la puerta con un bebé llorón no más grande que los rábanos japoneses que acostumbraba sacar de la tierra cuando ayudaba a Meifeng, con manchas irritadas sobre sus puños blancos apretados. Ivy arrastró los pies, se tropezó con su agujeta y aterrizó sobre las rodillas.

—Levántate —dijo el hombre ofreciéndole la mano.

La mujer seguía meciendo al bebé.

—¿Dónde están sus maletas? —preguntó a su esposo con tono cansado.

Ivy se enjugó el rostro y tomó la mano del hombre. No tardó en intuir que las lágrimas no darían frutos con estas personas de expresión adusta, tan distintas de sus sociables tías en China, que, en el momento en que Ivy mostraba la más ligera señal de disgusto, la mimaban con una caja nueva de gises o con caramelos cremosos.

Para Ivy, este se convirtió en el primer recuerdo de su familia: los dedos duros y callosos de Shen sobre los suyos, su particular olor a tabaco y pasta de dientes mentolada; la clara luz de invierno que revoloteaba a través de los ventanales de piso a techo, más allá de los cuales los aviones despegaban y aterrizaban; su hermano, Austin, no mayor a un pequeño costal en pañales apestosos en los brazos de Nan. Mientras caminaba con ellos, sin ser parte de ellos, Ivy tuvo una sensación extraña y ajena, no muy distinta a que la hundieran en una tina, donde todo parecía que se dilataba y se comprimía al mismo tiempo. En los próximos años, siempre que tenía ganas de llorar evocaba este sentimiento de estar sumergida, y las lágrimas se disipaban de sus ojos hasta formar una delgada capa reluciente que desaparecía en el agua del baño.

La disciplina de crianza de Nan y Shen era intensa en castigos corporales, aunque ligera en cuanto a las tareas del hogar. Esto quería decir que, si bien Ivy jamás tuvo que hacer una cama, sí desarrolló una alta

tolerancia al dolor. Como sucedía con muchos padres inmigrantes, el único deseo real de Nan y Shen era que su hija fuera médica. Todo lo que Ivy tenía que hacer era exclamar «¡Quiero ser médica!» para ver cómo el rostro de sus padres se iluminaba de aprobación, de algo parecido al amor e igual de difícil de obtener.

Aunque brusca, Meifeng la había cuidado con afecto, pero Nan no era así. Las únicas veces en que Ivy sentía la calidez de los brazos de su madre era cuando tenían visitas. Normalmente, era la hermana menor de Nan, Ping, y su esposo, o uno de los colegas chinos de Shen de la pequeña compañía de tecnología informática para la que trabajaba. Durante esas tardes festivas de los sábados en las que comían semillas de girasol y lichis, las comisuras caídas de la boca de Nan se corregían como una vela al viento y se convertía en una madre más amable, más relajada, una que no tenía el ceño fruncido. Ivy esperaba toda la tarde este momento para acercarse a su madre en el sofá, más cerca… más cerca… y entonces, en un solo movimiento decidido, se deslizaba hasta el regazo de Nan.

En ocasiones, Nan abrazaba a Ivy por la cintura. Otras veces le acariciaba la cabeza de manera ausente e irregular, como si no supiera que lo hacía. Ivy trataba de quedarse lo más quieta posible. Era un placer aterrador, robado, pero cuánto anhelaba el contacto de un pecho, un regazo rollizo donde descansar. Siempre había pensado que era sumamente lista, que su madre no se daba cuenta de lo que estaba pasando. Pero cuando cumplió seis años e hizo la misma maniobra, el cuerpo de Nan se puso rígido esa vez.

—¿No estás ya un poquito grande para esto?

Ivy se quedó helada. Los adultos a su alrededor rieron entre dientes.

—Mira que *ni-ah* es tu hija —exclamaron.

Ni-ah significa «dependiente» en el dialecto de Sichuan. Ivy se forzó en abrir los ojos lo más que pudo. No sirvió de nada. Podía saborear la sal en sus labios.

—Mírate —la reprendió Nan—. ¡Solo están bromeando! No puedo creer que seas tan susceptible. Ya eres una hermana mayor,

deberías ser más valiente. Ahora sé buena y *ting hua.* Ve a limpiarte la nariz.

Hasta el día de su muerte, Ivy recordaría ese sentimiento: vergüenza, confusión, dolor, desafío y una terrible soledad que la volvió para siempre introvertida; por eso, cuando Meifeng le diría después que había sido una bebé confiada y afectuosa, ella pensó que su abuela la confundía con Austin.

Ivy se convirtió en una niña reservada; no compartía su vida interior con nadie, salvo en ocasiones con Austin, quien la apoyaba incondicionalmente, a diferencia de todos los demás miembros de la familia. Baste decir que ninguno de los padres de Ivy le brindó algún recurso para alimentar su fantasiosa imaginación: ¿qué tipo de vida tendría?, ¿qué tipo de amor y emoción le esperaban en el futuro? Estos detalles más delicados los llenaban los libros.

Aprendió inglés fácilmente —de hecho, no podía recordar una época en la que *no* entendiera el inglés— y se volvió una lectora precoz. La diminuta y descuidada biblioteca de West Maplebury, atendida por una bibliotecaria medio sorda, fue la versión de una niñera gratuita para Nan. Era el lugar favorito de Ivy en todo el mundo. Le atraían los libros de anécdotas tristes: huérfanos, amantes desafortunados, cautivas de tíos lascivos y madrastras malvadas, la porrista anoréxica, la inadaptada social solitaria. En cada historia se veía a ella misma. Todas estas heroínas tenían una cosa en común: eran hermosas. A Ivy le parecía que la belleza exterior era la fuente de la cual surgían todas las otras cualidades: inteligencia, valentía, voluntad, pureza de corazón.

Pasó la primaria, no fue ni la primera ni la última de su clase, tampoco popular o impopular, pero no fue sino hasta que entró a la escuela secundaria diurna Grove, en sexto año —a su padre lo contrataron como técnico informático ahí, lo que significaba que no pagaba colegiatura— que encontró el objetivo principal al que aspiraba en su vida: un chico pulcro, típico estadounidense, alguien que hasta ese

momento ella desconocía; el tipo de muchacho que asistía a la escuela dominical y cortaba margaritas para su mamá el Día de las Madres. Se llamaba Gideon Speyer.

Muy pronto Ivy comprendió el inmenso milagro que sería necesario para que un chico como Gideon se fijara en ella. Él se portaba de manera amigable. Una vez intercambiaron sus números de teléfono para un proyecto de Literatura Estadounidense, pero las otras chicas de Grove que revoloteaban alrededor de Gideon vestían mocasines cafés con calcetas blancas de algodón hasta la rodilla, en tanto que Ivy se vestía con medias negras anticuadas y los zapatos burdos con agujetas y suelas de goma de Nan. Trató de imitar la vestimenta y el comportamiento de sus compañeras de clase lo mejor que pudo con sus limitados recursos: se recogía el cabello hacia atrás con una diadema cosida de una vieja mascada de seda, aventaba centavos oxidados a la estatua de san Marcos cubierta de hiedra en el patio, comía yoghurt bajo en calorías y Skittles bajo los álamos durante la primavera; aun así no encajaba.

¿Cómo podría alguna vez obtener lo que quería de la vida si era tímida, pobre y modesta?

El mantra de sus padres: mientras más trabajas, más suerte tienes.

El mantra de sus maestros: trata a los demás como quieres que te traten.

La única persona que le enseñó algo práctico fue Meifeng. La amada abuela finalmente recibió su permiso de residencia estadounidense cuando Ivy cumplió siete años. Dos años en la infancia representan una década de la edad adulta. Ivy seguía amando a Meifeng, pero ese amor se había vuelto abstracto, nacido de recuerdos nostálgicos, almohadas empapadas de lágrimas y anhelo. Esta Meifeng de carne y hueso intimidó a Ivy; le pareció brusca y ruidosa, muy ruidosa. Como había olvidado la mayor parte de su vocabulario chino, Ivy respondía con lentitud y torpeza a las incesantes preguntas de su abuela; cuando no estaba en la biblioteca se hacía bolita en el sofá como un caracol y leía hasta que le dolían los ojos.

Meifeng vio que no tenía tiempo que perder. Sentía que era su deber inculcarle a su nieta las dos cualidades necesarias para sobrevivir: independencia y oportunismo.

En China, esto había significado alterar los libros de contabilidad en su trabajo como vendedora para un comerciante adinerado que vendía guantes y zapatos de piel. El mercader estafaba a sus clientes aumentando el precio de todos los artículos, incluso los productos de piel de imitación; sus clientes compensaban la diferencia con dinero falsificado y prestidigitación. Incluso la esposa del comerciante robaba dinero de la caja registradora para dárselo a sus padres y hermanos. Y era Meifeng quien apuntaba todos estos números; mentalmente agregaba cifras de cuatro dígitos tan rápido como una calculadora, un centavo o dos iban a su propia bolsa en cada transacción.

En Massachusetts, incapaz de encontrar trabajo y ávida de inquietud empresarial, Meifeng aplicó las mismas habilidades que antes había usado para ahorrar dinero como empleada. Comenzó a robar en tiendas, a cambiar los precios y a pedir descuentos en mercancías que tenían defectos que ella misma ocasionaba. Escondía varios artículos en un solo paquete y solo pagaba por uno.

La primera vez que Meifeng reclutó a Ivy para una de esas tareas fue en la tienda de beneficencia del barrio, Goodwill, el negocio más barato del lugar. Ivy hurgaba en un baúl de madera que tenía joyería y broches de fantasía cuando su abuela la llamó por su apodo, Baobao, y le dio un suéter de lana que olía a naftalina.

—Ayúdame a quitarle la etiqueta del precio —dijo Meifeng—. Ten cuidado de no romperla.

Le echó una mirada a Ivy que decía «Más te vale que lo hagas bien, si no...».

Ivy metió la uña debajo de la esquina de la etiqueta blanca de 2.99 dólares, la empujó hacia arriba con movimientos minúsculos hasta que la despegó lo suficiente como para sujetarla entre el pulgar y el índice. Después, muy lentamente, arrancó la etiqueta, con cuidado de no dejar ningún residuo de pegamento sobre el cartón.

Ivy le pasó la calcomanía a Meifeng y esta la pegó sobre una horrible camiseta amarilla. Ivy repitió el mismo proceso con el adhesivo de 0.25 dólares de la camiseta. Colocó esta nueva etiqueta sobre el cartón del suéter y presionó sobre las esquinas para que quedaran lisas y aplanadas.

Meifeng estaba satisfecha. Ivy lo sabía porque el rostro de su abuela se estiraba hacia atrás en una media mueca, la única sonrisa que esbozó jamás.

—Te compraré una dona camino a casa —dijo Meifeng.

Ivy lanzó un grito de alegría y comenzó a girar en círculos. En su emoción tiró un estante de mascadas. Rápida como rayo, Meifeng tomó una de las mascadas y la metió en su manga izquierda.

—Esconde una en tu chamarra, la que sea. ¡Rápido!

Veloz, Ivy tomó una mascada rosa estampada (la misma que años después cortaría y cosería para hacerse una diadema), la hizo bola y la metió en su bolsillo.

—¿Esta es para mí?

—Que no la vean —dijo Meifeng jalando a Ivy por el brazo hacia la caja, con una moneda reluciente de 25 centavos, lista para pagar el suéter de lana.

»Que esta sea tu primera lección: da con una mano y toma con la otra. Nadie estará vigilando las dos.

La tienda Goodwill cerró un año después, pero para entonces Meifeng había descubierto algo mejor: un evento que los estadounidenses llamaban «venta de garaje», que ella aprendió a reconocer por los letreros pintados a mano en cartulinas pegadas a los árboles del vecindario. Cada fin de semana, Meifeng exploraba las banquetas en busca de estos letreros caseros y arrastraba a sus nietos hasta las casas rodeadas de cercas blancas de madera, de cuyas ventanas ondeaban banderas de Estados Unidos y cuyos jardines estaban bordeados por manzanos silvestres. Meifeng regateaba los precios en su mal inglés, levantando los dedos artríticos para mostrar cantidades al

tiempo que protestaba a todo volumen: «Más barato, más barato», hasta que los dueños, demasiado desconcertados como para discutir, asentían con la cabeza. Después, metía la mano al interior de sus pantalones y sacaba monedas y billetes arrugados de una bolsita de tela que llevaba sujeta a su ropa interior con una jareta.

Para otros artículos de las ventas de garaje que eran más valiosos que el resto, Meifeng sencillamente se los pasaba a Ivy para que los escondiera en su mochila rosa de nylon. Platería. Cinturones. Un reloj Timex que aún marcaba la hora. Nadie prestaba atención a los niños que corrían por el jardín, y si alguna vez el dueño descubría que faltaban uno o dos objetos, simplemente lo atribuía a su mala memoria.

Cuando caminaron por el arroyo de regreso a casa después de una de estas excursiones, Meifeng le dijo a Ivy que todos los estadounidenses eran unos estúpidos.

—Son demasiado perezosos como para llevar un registro de sus propios bienes. No les *ai shi* sus cosas. Nada es valioso para ellos. —Puso una mano en la cabeza de Ivy—. Recuérdalo, Baobao, cuando soplan los vientos del cambio, algunos construyen muros; otros construyen molinos.

Ivy repitió la frase. «Yo soy un molino», pensó, imaginándose cómo se balanceaba por los cielos abiertos, una agradable brisa acariciaba sus resplandecientes brazos mecánicos.

Austin se abrió paso entre las dos mujeres.

—¿Me das dulces?

—¿Qué hiciste con la paleta que te dio tu hermana? —le gritó Meifeng—. ¿Se te volvió a caer?

Al recordar su pérdida, Austin hizo una mueca y empezó a llorar.

Ivy sabía que su hermano odiaba esos fines de semana con su abuela. A los cinco años, Austin no tenía nada de ese astuto control con el que había contado su hermana a esa edad. Él gritaba a todo pulmón y golpeaba el suelo con sus puños rechonchos hasta

que Meifeng lo calmaba con la promesa de comprarle un juguete —«¿Un juguete de un dólar?»— o de ir a McDonald's, algo que en general se reservaba para ocasiones especiales. Meifeng jamás le hubiera tolerado a Ivy un exabrupto como esos, pero todos en el hogar Lin consentían a Austin, el más pequeño y, además, varón. Ivy hubiera querido ser niño. Nunca lo deseó con tanto fervor como cuando, a sus doce años, despertó una mañana y encontró una mancha mate color óxido en su ropa interior. La feminidad tenía todos los inconvenientes que siempre temió. Nan no usaba maquillaje ni productos de belleza. Se cortaba sola el cabello y se lavaba la cara todas las mañanas con agua y una toallita. Una semana al mes usaba una toalla sanitaria de tela —reforzada con servilletas de papel los días en que su flujo era más abundante—, la cual lavaba cada noche en el lavabo y colgaba a secar en el balcón. Pero las estadounidenses tenían diferentes necesidades: toallas sanitarias desechables, tampones, brasieres, rastrillos, pinzas para las cejas. Para Ivy era impensable pedir estas cosas. La idea de eliminar el vello de la pierna o la axila por razones estéticas hubiera horrorizado a su madre, como si alguien se rebanara la piel a propósito. A este respecto, Nan y Meifeng tenían el mismo criterio. Ivy sabía que solo podía contar con ella misma para obtener esos artículos. Fue en ese momento en que se graduó de las ventas de garaje y pasó a los dos grandes almacenes de la ciudad: Kmart y T. J. Maxx.

Sus primeros botines: tampones, brillo labial, una caja de tarjetas de San Valentín, una bolsa de rastrillos desechables. Más tarde, cuando se hizo más atrevida: sandalias de goma, un brasier deportivo, rímel, un anillo aguamarina que cambiaba de color, y su robo más preciado hasta entonces: un diario encuadernado en piel cuyo cerrojo era una hebilla dorada. Escondía este contrabando por todos lados en su cómoda, lejos de las miradas puritanas. Por las noches, Ivy sacaba a escondidas su diario y copiaba frases hermosas de sus novelas —«porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas»—, y a lo largo de esos últimos dos años de secundaria escribió cartas de amor para Gideon Speyer: «Tuve

un sueño vívido esta mañana, fue tan apasionado que desperté con dolor… Sostenía tu rostro en mis manos y temblaba… Si tan solo no hubiera estado tan asustada de acercarme a ti… Si tan solo no fueras tan perfecto en todos los sentidos…».

Así, Ivy crecía como una rama rebelde. Plantada en la misma raíz que su familia, pero anhelando algo que estaba más allá de su alcance. Tantos años de intentar reconciliar las enseñanzas de su abuela con sus valores estadounidenses culminaron de alguna forma en una creencia confusa, aunque firme, de que para ser la chica «buena», *ting hua*, que todos querían que fuera, tenía que utilizar métodos «inteligentes». Sin embargo, nunca admitió cuánto disfrutaba estos métodos. Nunca fue demasiado codiciosa. Nunca se descuidó. Y lo más importante: nunca la atraparon. La tranquilizaba pensar que incluso si la acusaran algún día de un delito, sería la palabra del acusador contra la suya, y si había algo de lo que se enorgullecía, aparte de ser una ladrona, era de ser una mentirosa de primera clase.